

COMPORTAMIENTOS HISTÓRICOS

El origen revolucionario de nuestra sociedad

Decían, entre otros autores, Stefan Zweig y Josep Maria de Sagarra, que el siglo XIX en propiedad no acababa en la lógica cronológica del año 1900, sino en el periodo de la Gran Guerra, cuando una manera nueva, global, interconectada, desconfiada y bélica de entender la expansión internacional se abría paso para hacer de las fronteras una serie de peligrosas barreras burocráticas. El fin de la seguridad al que aludía el autor austríaco en su biografía, titulada significativamente *El mundo de ayer*, expresaba ese adiós por un mundo que se iba ensombreciendo y que haría del conflicto extremo una de sus señas de identidad de ahí en adelante.

Pero ¿y el comienzo del XIX? En *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros* (Alianza, 2015), Anthony Pagden ubicaba la centuria objeto de su estudio entre la última década del siglo XVII y la primera del XIX; con ello hablaba del tiempo que alumbró una ciencia humana que sustituyera a la teología y complementase a las ciencias naturales, la idea del cosmopolitismo —un factor esencial para entender el mundo globalizado que hoy habitamos— y el concepto de «ciudadano del mundo» frente al de nacionalidad.

La época dieciochesca, eurocéntrica e ilustrada, según el investigador inglés, sería el caldo de cultivo que en buena parte explica la sociedad actual: «La mayor parte de lo conseguido desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy se debe a su herencia», decía, en tanto en cuanto nos

regimos en el mundo civilizado por los ideales de los derechos humanos y la justicia.

Pues bien, un poco en esa línea, Jürgen Osterhammel, profesor de historia moderna y contemporánea en la Universidad de Konstanz, se sumergió en otro océano, pero abarcando mucho más —todo el planeta, todos los asuntos imaginables—, para explicar un siglo que se desborda en el tiempo, pues él lo data entre 1760, con la revolución americana, y 1920, «es decir, con la transición a una posguerra global, en la que las nuevas tecnologías y nuevas ideologías abrieron un abismo entre aquel presente y la época anterior a 1914». Un esfuerzo colosal, mastodóntico, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX* (Crítica, 2021), que quería alejarse conscientemente del eurocentrismo —pese a poner el acento en que «ningún otro siglo ha sido, tan siquiera remotamente, una era europea»— y servía, al fin y al cabo, para conocer lo que le debemos a esa larga época.

Catástrofes demográficas, colonias, migraciones, calidad de vida, epidemias, desastres naturales, hambrunas, consumo, urbanización, ciudades, imperios, el Salvaje Oeste, la diplomacia, guerras, democracia, nacionalismo, industrialización, transporte, comercio, finanzas, aristocracia, alfabetización, ciencias, antisemitismo, religiones... Mil temas de toda índole eran abordados por este estudioso alemán que aportaba conclusiones y características interesantes en torno al siglo XIX, expuesto como una época de particular reflexión sobre sí misma y que generó, a grandes rasgos, unas tendencias que se hicieron preponderantes en la siguiente centuria: la industrialización, la urbanización, la formación de Estados nacionales, el colonialismo y la globalización.

En efecto, estamos ante una etapa caracterizada, sobre todo, por el progreso, o el mejoramiento, en todos los

órdenes sociales —por más que la evolución también creara monstruos en forma de burocracias asfixiantes, represiones gubernamentales o contiendas armadas—; un progreso que se vio en un ascenso de la productividad laboral sin precedentes, algo que se puede calcular por la cantidad de bienes materiales per cápita, lo que también reflejó la multiplicación de la riqueza; una etapa que contempló una revolución agrícola incluso anterior a la industrial, y una eficiencia tecnológica de la que se vieron favorecidas las fuerzas armadas.

Precisamente, el autor expresaba todo esto con el término «incremento de la eficiencia», que se vio muy acentuado en «el control cada vez más firme de los aparatos estatales sobre la población de su propia sociedad. Las normas administrativas aumentaron; las administraciones locales asumieron competencias; las autoridades censaron y clasificaron a la población, sus bienes inmuebles y su capacidad fiscal». En suma, se pusieron las bases para nuevos modos de gobernanza y mecanismos, por parte de las autoridades, para organizar a su pueblo y regular sus diversas áreas de trabajo y hasta de ocio e información.

La transformación del mundo tenía muy en cuenta, como se veía en la introducción, el libro de Christopher Bayly *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914: Conexiones y comparaciones globales*, del año 2004, que el mismo Osterhammel destacaba como uno de los pocos ejemplos de historia universal logrados en torno a la historia contemporánea mostrando una era de revoluciones e inestabilidad, con el papel ascendente del Estado. Ambos respondían a unas premisas estructurales que tienen con ver con la «distribución regional en naciones, civilizaciones y grandes espacios continentales», dando importancia al colonialismo y al imperialismo, pero Bayly extrayendo muchas conclusiones a partir de su estudio sobre la India, y el alemán apoyándose más en China.